



*Yerbateros es una gran pared
verde con dos portones negros*

TEXTO Y FOTOS: DAN LERNER

La avenida Nicolás Ayllón separa dos espacios en los que confluyen miles de personas todas las mañanas: la estación de buses interprovinciales y el camal de Yerbateros. Por un lado, el paisaje es bastante común dentro de la gran ciudad: buses, comercios, masas de gentes peleándose por conseguir un sitio en el vehículo. Por el otro, el escenario es bastante más chocante: centenares de personas se atropellan para entrar al camal, donde podrán encontrar carne de cerdo, carnero o res a un precio bastante cómodo. Son compradores que adquieren grandes cantidades del producto para sus supermercados o sus restaurantes. Todo esto dentro de un lugar en el que se respira el olor a sangre y se observa de reojo cuerpos de cerdos colgando del techo.

El camal de Yerbateros es una gran pared verde con dos portones negros. Uno puede entrar por el primer portón: ahí están los puestos de venta de carne, los vendedores y los guardianes, que visten pantalones de comando, están en actitud siempre vigilante, con el walkie-talkie en la mano, a punto de apretar el botón y advertir al colega.

La carne es barata, y las vendedoras aseguran que las que venden son las mejores menudencias del mercado. El kilo de hígado cuesta cuatro soles, más tu yapa. ¿No será hígado de caballo, señor? No pues, hijo, y si fuera ni te darías cuenta. El ambiente donde se vende carne hasta el mediodía es pequeño. Solo una decena de tiendas atiende a los clientes comunes, los que compran carne en gramos y no en cientos de kilos; los que se llevan pecho de res y no la res entera. Basta caminar unos metros para toparse con otro portón

negro, tras del cual, como humo tóxico, brota un hedor a sangre fresca.

* * *

El camal de Yerbateros tiene una historia que aún hoy no está resuelta. La sordidez del lugar no se debe solamente a la sangre y los pedazos de animales que yacen en sus congeladoras. La familia que administra el lugar, que genera ganancias que se cuentan en millones, ha sufrido insuperables conflictos internos desde que Nora Ruiz, dueña del local, fuera asesinada junto con Melissa Paredes, una de sus hijas, en 1998. Los presuntos asesinos intelectuales de las mujeres son María Luisa y Mario Paredes, hijos de Ruiz. Tras el asesinato, Giovanni Paredes, otro de los hijos de Nora Ruiz, heredaría el 55% de las acciones a los quince años de edad. Si bien la abuela de Giovanni, Donatila Aguilar, presidió el directorio durante un tiempo, una vez que el menor cumplió la mayoría de edad compró acciones con lo ahorrado y quedó a la cabeza.

Sin embargo, en el 2006, la Segunda Sala Penal sentenció a Giovanni Paredes a cuatro años de prisión por despojar de sus bienes a Blanca Paredes, por simular la compra del camal y, según la hermana, por acrecentar una gigantesca deuda con el Estado peruano. Todo estuvo relativamente tranquilo hasta el 16 de julio del 2010, cuando la policía hizo efectiva una orden judicial que le devolvía el camal a Giovanni. Él se presentó en la puerta con agentes de la policía y algunos sujetos que portaban palos y vestían polos con el rostro del precoz heredero. Blanca Paredes, la entonces administradora, no se encontraba en su oficina, con lo cual Giovanni quedó a cargo. Los trabajadores

no perdieron sus puestos y el camal siguió funcionando, pero no todo quedaría ahí.

* * *

El segundo portón está abierto. Basta empujarlo y asomar la cabeza para toparse con una escena típica en Yerbateros: decenas de cuerpos de cerdos colgados del techo, uno al lado del otro. Se puede entrar; no hay nadie que lo impida. La habitación es rectangular y bastante amplia. Desde la puerta de entrada hasta la de salida cuelgan los animales. Al fondo, un grupo de adultos con pinta de jubilados juega a las cartas. Uno agita el puño lleno de monedas mientras deja los naipes en la mesa. Ríen y sorben un vaso de cerveza, que comparten antes de comenzar a jugar de nuevo. Saludan mirando de reojo y siguen la partida.

Al lado de la puerta de salida descansa un hombre viejo, de cabellos grises y porte alto. Es flaco y lleva un chaleco negro lleno de bolsillos. ¿Dónde queda el matadero? Cruzando esta puerta nomás, si está abierto se puede entrar.

Lo que vendría tras esa puerta estaba claro: se escuchaban los chillidos de los cerdos, voces graves de hombres y galopes contra el suelo. Tras subir unas largas escaleras, en las cuales los zapatos se manchan con un líquido marrón y espeso, vuelve a alumbrar el sol. El establo es amplio. Está dividido por barandas de madera que separan a las reces de los chivos y a estos de los cerdos. Los chillidos de los puercos son insoportables, pero no parecen afectar a los trabajadores, quienes, bajo el intenso sol de la primavera, degustan una Inca Kola sin helar. Uno de ellos termina su gaseosa y tira la botella sobre una colina que forman cientos de cráneos de vacas.

* * *

Los hermanos Paredes no siempre fueron enemigos. Tras la desaparición de Mario Paredes Cueva, dueño del camal, y el asesinato de Nora Ruiz y Melissa Paredes, quedaron nueve hijos representando al clan Paredes. Giovanni estaba a cargo del camal, pero trabajaba con Blanca, de quien decía recibía cierto asesoramiento.

La relación entre Blanca y Giovanni se rompe definitivamente cuando el segundo termina en la cárcel en el 2006. Cuando Giovanni sale en libertad, Blanca es la administradora del camal. Ella señala que no era su afán hacerse del cargo, sino que por malos manejos su hermano terminó en la cárcel y alguien tenía que administrarlo. Lo cierto es que Giovanni afirma que su hermana quiso siempre manejar la empresa familiar.

En esta complicada y truculenta historia familiar aparece otro gran tema: la inmensa deuda que la empresa SACIP (así está registrado el camal) tiene con el Estado peruano. En el 2010 era la sexta empresa que más debía al Estado: 53 millones de soles, incluso más que el venido a menos club de fútbol Universitario de Deportes. Giovanni dice que la deuda la generó Mario Paredes, uno de sus hermanos, al no pagar impuestos desde 1997, cuando se enteró de que Nora Ruiz, su madre, lo removería de la administración. Blanca sostiene que quien generó la deuda fue Giovanni, pues dejó de pagar impuestos desde el 2003.

* * *

Una persona que va por primera vez al camal de Yerbateros no puede salir de ahí sin inmutarse. En sus prendas quedará impregnado el olor nauseabundo de la carne fresca y escuchará, aún en su camino de regreso a casa, los chillidos de los cerdos luchando por su vida.



Las imágenes que puede registrar una cámara fotográfica son tan extraordinarias como chocantes. Los guardias del camal, sin embargo, están muy atentos a que estas no salgan de Yerbateros. Uno de ellos toma el celular que funge de cámara e intenta borrar las fotos de golpe. ¿Por qué no puedo tomar fotos? Mira hijo, acá hay un problema administrativo (mientras, desesperado, aprieta todos los botones del celular), los periodistas siempre vienen a molestar (sus manos sudadas empapan la pantalla, las fotos siguen intactas) y acá hay una orden de que no pueden salir las fotos (logra borrar algunas y se va).

El problema administrativo al que se refiere es el de los hermanos Paredes.

Hoy, noviembre del 2011, el conflicto está lejos de solucionarse. En junio de este año, Blanca Paredes retomó la administración del camal con una orden judicial emitida en Chincha. En septiembre, Giovanni se acercó con otra orden que le devolvía a él el control de la empresa. Ambos se acusan de haber comprado a los jueces que emitieron las órdenes judiciales. El camal está hoy en el limbo. No tiene dueños, aunque sí algunos aspirantes a serlo. Los Paredes, enfrentados desde que Giovanni supuestamente compró el camal, libran una batalla que parece no tener fin.

En el camal de Yerbateros se juntan los cadáveres de animales, el tibio hedor de la sangre y una truculenta historia de una familia conflictiva y sórdida. ■